

NEW LEFT REVIEW 155

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2025

ARTÍCULOS

MARTÍN MOSQUERA	El significado de Milei	7
DYLAN RILEY & ROBERT BRENNER	Respuesta a los críticos	29
OWEN HATHERLEY	Arquitectura del futuro	81
NAN DA	La crítica en la era de la IA	111

CRÍTICA

NICHOLAS MULDER	Interludios de abundancia	139
GABRIELE PEDULLÀ	Los materiales de Timpanaro	153

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



CRÍTICA

Arnaud Orain, *Le monde confisqué: Essai sur le capitalisme de la finitude (XVIe-XXIe siècle)*, París, Éditions Flammarion, 2025, 368 pp.

NICHOLAS MULDER

INTERLUDIOS DE ABUNDANCIA

Se ha convertido en un lugar común entre los comentaristas anglófonos que el mundo está atrapado por la «geoeconomía», esto es, en la persecución de fines geopolíticos por medios económicos. En septiembre de 2024 el informe de Mario Draghi *The future of European Competitiveness* hablaba de la necesidad de que Bruselas «actuara como un solo país dotado de una estrategia geoeconómica única». En enero de 2025 el equipo de seguridad nacional del gobierno saliente de Biden recomendó que Estados Unidos se preparara para una «nueva era de competencia geoeconómica». En julio un artículo de la columnista del *Financial Times*, Gillian Tett declaró el inicio de «la nueva era de la geoeconomía». Cuando el estratega Edward Luttwak acuñó el término en *The National Interest* al final de la Guerra Fría, esperaba que los conflictos militares entre Estados remitieran; en lugar de enfrentamientos armados, los países competirían a través de sus multinacionales, disputándose cuota de mercado y el liderazgo tecnológico. Los enfrentamientos entre grandes potencias darían paso a una rivalidad comercial sublimada.

Pero los conflictos geopolíticos no han desaparecido. De Etiopía a Myanmar, de Ucrania a Gaza, de Nagorno-Karabaj a Sudán, la guerra abierta está proliferando a un nivel que no se había visto en décadas. El actual giro «geoeconómico» no supone tanto un desvío del conflicto como su expansión a ámbitos hasta ahora protegidos de él. La guerra cinética y la guerra económica avanzan ahora en paralelo. La intensificación de la competencia entre las grandes potencias ha tensado y roto las normas de la política económica

neoliberal: los principios del globalismo de libre mercado están siendo desplazados por una conducta antagónica entre Estados y un recrudescimiento de las medidas económicas coercitivas, como las sanciones, los controles de exportación y los aranceles. Sin duda, el capitalismo y su impulso por maximizar los beneficios privados siguen intactos. Pero los Estados y las empresas persiguen sus objetivos mediante métodos políticos cada vez más asertivos. Lo novedoso es que estos antagonismos se desarrollan en una economía mundial, que ha alcanzado niveles históricamente altos de integración comercial, financiera y tecnológica.

Muchos funcionarios occidentales describen la geoeconomía como un nuevo ámbito de la gobernanza y la regulación. Pero dado que ningún país ha añadido más instrumentos al arsenal de la coacción económica que Estados Unidos, cabe preguntarse si la proliferación de tales prácticas no está cambiando la estructura general del intercambio internacional. El abandono por parte de Washington de la arquitectura neoliberal de la gobernanza global, junto con el crecimiento del poder chino y el revisionismo territorial ruso, sugieren que la «geoeconomía» no es solo una nueva dimensión de la gobernanza y la regulación, sino el vocabulario a través del cual los tecnócratas están registrando un cambio más profundo y amplio en la lógica política dominante de la economía mundial. Los líderes políticos y los *think tanks* se han apresurado a adoptar la vieja rúbrica de Luttwak para describir una nueva realidad imperante en el sistema internacional, una realidad cuya emergencia solo controlan parcialmente, ya que el capital privado también está fuertemente implicado en ella.

Además de denotar la vaga sensación de un cambio de paradigma, «geoeconomía» es, sin embargo, un término amorfo, que se utiliza de formas muy diversas. Existe poco consenso intelectual entre los comentaristas o los académicos sobre cómo caracterizar la transformación en curso a la que alude el término. Hay varias posibilidades. Una opción, popular entre economistas como Daron Acemoglu, es situar el cambio en el ámbito de la organización del mercado: un paso del globalismo económico al nacionalismo económico. Desde este punto de vista, la geoeconomía explicita un rechazo del comercio apolítico cortado por el patrón de la OMC y una ruptura con la tendencia vigente después de 1970 en pro de un comercio más libre: su énfasis en la seguridad económica se remonta a los proyectos proteccionistas de finales del siglo XIX y del periodo de entreguerras. Otros, a menudo inversores y gestores de *hedge funds*, describen este nuevo modelo de funcionamiento como un alejamiento del *laissez-faire* y un acercamiento a una política económica intervencionista, presentando la geoeconomía como un *revirement* estatista que está sustituyendo al neoliberalismo, una ideología que a su vez sustituyó al consenso keynesiano-desarrollista característico del periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, que a su vez surgió de

las ruinas de un liberalismo económico precedente, que había producido las catástrofes de 1914 y de la Gran Depresión. Por último, los politólogos y los juristas tienden a interpretar el cambio como una transformación de *ethos* y de personal: del entendimiento civil cooperativo del intercambio global a la instrumentalización antagónica de dicha interdependencia, como hacen Henry Farrell y Abraham Newman (*Underground Empire: How America Weaponized the World Economy*, 2024) o Edward Fishman (*Chokepoints: American Power in the Age of Economic Warfare*, 2026).

En esta maraña conceptual interviene un nuevo libro del historiador y economista francés Arnaud Orain, que propone una formulación nueva y más amplia del problema. *Le monde confisqué: Essai sur le capitalisme de la finitude (XVIIe-XXIe siècle)* es una historia intelectual de la geoconomía, que examina el ciclo del auge, caída y retorno a lo largo de los últimos cinco siglos de lo que Orain denomina el «capitalismo de la finitud». Se trata tanto de una concepción del mundo como una formación político-económica real –un *état d'esprit* blochiano y un conjunto de prácticas concretas– que se distingue por el predominio de la noción de que la cantidad de recursos en el mundo es finita e insuficiente para satisfacer las necesidades de la totalidad de los seres humanos y de todos los Estados. Orain sostiene que esta *mentalité* ha sido dominante en tres periodos distintos: desde principios del siglo XVI hasta finales del XVIII, durante las seis turbulentas décadas comprendidas entre 1880 y 1945 y desde 2010 hasta la actualidad.

Orain, director de estudios de la École des Hautes Études en Sciences Sociales, nació en 1977 y se formó en la École Normale Supérieure de Lyon; defendió su tesis doctoral en la Universidad París I Panthéon-Sorbonne sobre el pensamiento económico del filósofo y abad Étienne Bonnot de Condillac (1714-1780). Su primera monografía, *La politique du merveilleux* (2018), traducida como *The Politics of Utopia* (2024), es una interpretación revisionista de la burbuja del Misisipi, el experimento financiero-comercial, que desestabilizó la Francia de la Regencia entre 1717 y 1721, cuando el economista escocés John Law unificó los monopolios coloniales franceses, creó un banco central moderno, introdujo el papel moneda y nacionalizó la deuda pública. *La politique du merveilleux* es una crítica de la interpretación liberal predominante del episodio de Law a tenor de la cual su tristemente célebre *Compagnie des Indes* es reducida a una versión fallida de un Banco de Inglaterra abortado. El libro cuestionaba las descripciones convencionales de Law como un dictador económico, que tenía en sus manos el destino de la monarquía borbónica y cuyo fracaso frustró los deseos franceses de tener un banco central durante las ocho décadas siguientes.

Por el contrario, Orain argumentó que Law era simplemente la figura más conocida de un panorama más amplio de pensadores utópicos deseosos de transformar la sociedad mediante la liberación del sector financiero y del

comercio bajo los auspicios de un Estado benevolente y todopoderoso, que había socializado sectores enteros de la economía. La *Compagnie des Indes* era, de hecho, una gigantesca «empresa social de enriquecimiento general, que se había convertido en el objetivo de la nación unida en un cuerpo de naturaleza nueva y audaz». Su ambición era mantener a raya al liberalismo corrosivo, pero también ir más allá del absolutismo monárquico al elaborar visiones de un «nuevo Potosí» de abundancia material y liberación sexual en el Nuevo Mundo. Orain llama la atención sobre la enorme «literatura carnavalesca sobre el Estado», que utilizaba el poder autorrealizable de las expectativas para derrocar íntegramente la mentalidad de la sociedad estamental característica del *ancien régime*.

Orain continuó con la publicación de *Les savoirs perdus de l'économie* (2023), que presentaba una historia de las tradiciones intelectuales olvidadas con las que la economía moderna luchó durante su auge a finales del siglo XVIII: los planteamientos conocidos como la ciencia comercial (*science du commerce*) y la física económica (*physique æconomique*). Frente a los conceptos abstractos y medibles de los *économistes* surgidos en la década de 1750, estos sistemas alternativos de conocimiento ofrecían una comprensión más concreta y práctica de la sociedad y de la economía, permitiendo también un mejor equilibrio entre los seres humanos y la naturaleza. En cierto modo, los dos primeros libros de Orain ofrecen una crítica historicista de la economía dominante al esbozar una contranarrativa de sus primeros orígenes: los reformadores franceses no eran liberales incomprensidos, ni la cuantificación y la totalización epistémicas eran el único camino a seguir para la teoría económica.

Los mismos intereses y el mismo planteamiento histórico-intelectual marcan el último libro de Orain, que es el más ambicioso hasta la fecha y que él describe como una combinación metodológica de «historia intelectual, historia económica y economía contemporánea». *Le monde confisqué: Essai sur le capitalisme de la finitude (XVIIe-XXIe siècle)* sostiene que el «capitalismo finito», una cosmovisión y un sistema que prevaleció en los albores de la época moderna, que resurgió en la era del gran imperialismo (1870-1914) y que ha vuelto a aparecer hoy en día, ha sido la forma dominante de capitalismo: es su opuesto—el «capitalismo infinito» (descrito de diversas maneras como capitalismo liberal, de libre comercio, abierto o neoliberal)— el que se ha limitado a dos interludios anómalos de aproximadamente sesenta y cinco años de duración: la *pax Britannica* posnapoleónica, cuya predominancia concluyó en la década de 1880, y la *pax Americana*, que fue predominante desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta la crisis financiera de 2008. En opinión de Orain, estas épocas se han distinguido por la creencia generalizada de que la naturaleza y el ingenio humano permitían un

crecimiento infinito en beneficio de todos, pero se ha tratado de periodos relativamente breves, que ahora han quedado definitivamente atrás.

El capitalismo finito, argumenta Orain, se ha manifestado históricamente como un expansionismo extractivo: «una vasta aventura naval y territorial en la monopolización de activos –tierras, minas, zonas marítimas, personas esclavizadas, infraestructuras portuarias, cables submarinos, satélites, datos cuantitativos– llevada a cabo por Estados-nación y empresas privadas con el objetivo de generar ingresos rentistas al margen de la competencia comercial». Cada una de las tres épocas en las que este tipo de capitalismo ha dominado ha sido testigo de una competencia más dura y violenta, de una difuminación de la frontera entre la guerra y la paz y de la implantación de una mentalidad claramente de suma cero entre las elites estatales y empresariales. Aunque Orain considera que la acumulación de capital ha sustentado la totalidad de la historia mundial de los últimos cinco siglos, insiste en que sus formas han cambiado considerablemente y que lo han hecho de una manera conectada que confiere a estos cambios más amplios una calidad sistémica identificable. Pero el núcleo de su libro es un ataque profundamente revisionista a las interpretaciones liberales dominantes (así como a muchas críticas) del capitalismo como un orden que desea la apertura; Orain insiste en que, históricamente, el capitalismo ha seguido con mayor frecuencia estrategias de cierre.

Dado que la economía liberal moderna ha establecido su propia perspectiva *infinita* como la constante transhistórica por defecto en la naturaleza del capitalismo, Orain dedica la mayor parte de *Le monde confisqué: Essai sur le capitalisme de la finitude (XVIIe-XXIe siècle)* a describir a su oponente más poderoso, pero menos reconocido. Identifica seis atributos fundamentales del capitalismo finito, a cada uno de los cuales dedica un capítulo: en primer lugar, el cierre y la monopolización de los mares y océanos; en segundo lugar, la militarización del comercio marítimo; en tercer lugar, la creación de organizaciones anticompetitivas por parte de los capitalistas; en cuarto lugar, el fraccionamiento de los mercados y de las redes comerciales en silos políticamente exclusivos; en quinto lugar, la usurpación de los poderes soberanos por parte de los intereses mercantiles; y por último, la conversión de las partes más débiles y pobres de la Tierra en imperios de recursos subyugados para los Estados ricos y poderosos.

Orain comienza con un panorama histórico general de cómo los mares han sido un ámbito esencial de la expansión y del desarrollo capitalistas desde que el Tratado de Tordesillas de 1494 marcó el inicio de la competencia europea por el dominio marítimo a escala planetaria. Sostiene que, bajo el capitalismo finito, el mar ha sido objeto de dos tipos de disputas: una sobre el control de los flujos comerciales y otra sobre el control de las reservas de recursos submarinos, como el pescado y los minerales subacuáticos.

Las primeras discrepancias modernas sobre el *mare liberum* y el *mare clausum* disputadas entre los juristas Hugo Grocio y John Selden no eran solo geopolíticas, sino que estaban fuertemente impulsadas por los esfuerzos destinados a asegurar los lucrativos frutos del mar, como el arenque del Mar del Norte y el bacalao del Atlántico. Este esfuerzo por acordonar el mar se reavivó a finales del siglo XIX, cuando los tratados navales y marítimos y el desarrollo de zonas económicas exclusivas convirtieron amplias extensiones de las aguas costeras en posesiones nacionales. Más recientemente, el auge económico de China se ha manifestado en parte a través de la expansión marítima: la construcción de islas en el mar de la China Meridional, así como la intrusión de sus flotas pesqueras comerciales privadas en las aguas territoriales que rodean varios continentes.

En su segundo capítulo, que aborda la militarización del comercio marítimo, Orain desarrolla una lectura original del historiador y estratega naval estadounidense Alfred Thayer Mahan en tanto que teórico del «sistema marítimo dual», teoría que postula la necesidad de que los países industriales modernos posean tanto una marina mercante civil como una fuerza naval militar. Dado que las flotas armadas sirven para proteger el comercio y destruir el comercio marítimo del enemigo, Orain sostiene que Mahan ha sido interpretado de forma demasiado restrictiva como el profeta de la batalla naval decisiva. De hecho, él creía que tal poderío militar en el mar solo era posible, si un país había alcanzado primero la preeminencia marítimo-comercial, que constituye la condición previa fundamental para construir una flota de combate de calidad mundial. Mantener el poder naval sin un poder marítimo subyacente y por ende sin la capacidad industrial de la correspondiente construcción naval y sin la cultura de la navegación que la alimentaba, no tenía mucho sentido. Para un supremacista anglosajón de finales del siglo XIX como Mahan, los Estados solo podían manejar sus armadas, si poseían grandes comunidades costeras bien pobladas de marineros, comerciantes y pescadores, que servían como fuentes de reclutamiento patriótico. Esta interpretación de Mahan lleva a Orain a efectuar un fascinante análisis de la política de poder marítimo del siglo XXI mediante el cual explica, que si bien existen muchas potencias comerciales emergentes que optan por intercambiar sus mercancías bajo la protección de la correspondiente potencia hegemónica naval, que vigila las rutas marítimas, ya sean los cruceros de la Royal Navy en el siglo XIX o los portaaviones de la Marina de Estados Unidos desde 1945, hoy en día Estados Unidos se encuentra en una posición históricamente única, porque mantiene el poder naval mundial, pero ha dejado de ser una potencia marítima de importancia alguna como demuestra el hecho de que actualmente existen ciento ochenta y ocho buques de carga oceánicos de más de 1000 toneladas con bandera estadounidense, frente a los cinco mil quinientos buques de carga chinos

y los cincuenta y siete mil buques pesqueros industriales. En opinión de Orain, son los chinos quienes han «entendido la lección de Mahan: cualquier potencia naval duradera debe ser una potencia marítima».

Orain dedica una atención especial a la creación del poder monopolístico y a las teorías anticompetitivas del capitalismo en los capítulos tercero y cuarto, pasando de la época de Jean-Baptiste Colbert a Peter Thiel, el inversor de capital riesgo estadounidense de derecha, que proclamó en 2014 que «en realidad, el capitalismo y la competencia son opuestos». Aunque los economistas suelen considerar que los *trusts* y los cárteles son los principales mecanismos que restringen la competencia, los monopolios legales absolutos también han sido habituales a lo largo de la historia, especialmente en el comercio exterior. Los pensadores de la Edad Moderna, así como los imperialistas del siglo XIX, fueron grandes defensores de estas estructuras anticompetitivas. Como resume Orain: «¿Deseas la mayor abundancia posible de bienes al mejor precio para tus consumidores? Entonces, elige el libre intercambio y la competencia. Por el contrario, ¿prefieres crear un Estado poderoso mediante un proceso de desarrollo autosuficiente, que priorice la producción sobre el consumo? Entonces evita ambos». Orain, que forma parte del consejo editorial de la prestigiosa revista histórica y sociológica *Annales*, sigue aquí a su gran exponente Fernand Braudel, quien, en *Civilisation matérielle, économie et capitalisme* (1979), definió el capitalismo temprano como un fenómeno contrario al mercado sostenido por grandes comerciantes y empresarios, que ejercen el poder desde los puestos de mando de la economía.

Contrariamente a las narrativas liberales que describen la «empresa-Estado» colonial como una abominación de la Edad Moderna temprana, que había abandonado definitivamente la escena histórica en la década de 1850, Orain muestra que las empresas usurpadoras de la soberanía han tenido una considerable capacidad de resistencia. Fundamentalmente, a partir de la década de 1880, el imperialismo occidental en América Latina, África y Asia supuso el poderoso resurgimiento de empresas autorizadas con monopolios *de jure* o *de facto* sobre determinados territorios y comercios: la United Fruit Company estadounidense sobre los productos agrícolas de América Central; la British United Africa Company sobre los cacahuets y el aceite de palma de África Occidental. Un poder similar lo tenían el Estado Libre del Congo Belga, las empresas alemanas de Nueva Guinea y Jaluit en el Pacífico, las empresas portuguesas de Niassa y Mozambique y las empresas británicas de África Oriental y Meridional, entre muchas otras. El retrato histórico que hace Orain del capitalismo de la finitud no está dominado por los grandes industriales, sino por los grandes capitalistas comerciales: las compañías holandesas e inglesas de las Indias Orientales, Jardine Matheson, J. P. Morgan y Cecil Rhodes, además de gigantes logísticos contemporáneos

como Amazon, Walmart y las empresas de transporte danesa y francesa Maersk y CMA CGM. Orain se une al historiador económico marxista Jairus Banaji para enfatizar la importancia histórica del capital mercantil sobre el industrial. En su último capítulo, Orain destaca lo que considera el punto en común en liza entre los proyectos capitalistas finitos: la idea de que los recursos deben estar bajo control nacional con fines de competencia estratégica. Traza la larga historia de los esfuerzos por poner las tierras de ultramar a disposición de las preferencias de los consumidores metropolitanos. En este sentido, existen paralelismos entre los intentos de las colonias europeas de desplazar a las poblaciones indígenas y construir depósitos de cereales para sus países industriales en el siglo XIX y la actual apropiación de tierras en el mundo en vías de desarrollo por parte de los capitalistas estatales de Oriente Próximo y los gobiernos y empresas de Asia Oriental, que han adquirido vastas extensiones de tierras agrícolas en África y el sur de Asia para alimentar a sus propias poblaciones. Orain destaca la tendencia recurrente a obligar a los Estados del Sur global a especializarse en la explotación de productos básicos y materias primas destinadas a los consumidores occidentales, lo que él denomina «*primarización* y *reprimarización*». El libro termina con una nota sombría: «El crecimiento global de la riqueza está excluido para este capitalismo pesimista y beligerante».

La principal contribución de *Le monde confisqué: Essai sur le capitalisme de la finitude (XVIIe-XXIe siècle)* es su novedosa periodización de la historia del capitalismo, que ahora puede ser debatida, criticada y perfeccionada. Al proponer las categorías ontológicas («comerciales-intelectuales») de finitud e infinitud, Orain rompe con las historias económicas definidas por los órdenes institucionales (libre comercio, patrón oro, Bretton Woods, tipo de cambio flotante, OMC, neomercantilista), con la historia de los regímenes de crecimiento (premoderno, moderno temprano, Segunda Revolución Industrial, periodo posterior a 1970), con la historia de los regímenes de acumulación teorizados por la Escuela de la Regulación (*ancien régime*, extensivo/liberal, intensivo/monopolístico) y con la historia de los ciclos hegemónicos (por ejemplo, la progresión genovesa-holandesa-británica-estadounidense de Giovanni Arrighi). En lugar de buscar marcadores materiales, Orain sitúa los cambios en el nivel de los paradigmas intelectuales, que conectan los cambios de las políticas generales verificados en las grandes potencias con los cambios de perspectiva: ¿se considera que el mundo es infinito y que, por lo tanto, sus interacciones sistémicas son un asunto de suma positiva, o el mundo es inherentemente limitado en su potencial de crecimiento y, por lo tanto, está destinado a ser gobernado por una competencia de suma cero?

Le monde confisqué: Essai sur le capitalisme de la finitude (XVIIe-XXIe siècle) es una valiosa aportación a la escasa pero creciente bibliografía –*Jealousy of Trade*, de István Hont (2005); *The Neo-Mercantilists*, de Eric Helleiner (2021);

The Nationalist Dilemma, de Marvin Suesse (2023)— que sitúa el actual giro neomercantilista en una perspectiva más amplia. El libro es inusual en tanto que es el producto del compromiso directo de un historiador de la Edad Moderna con las tendencias del capitalismo del siglo XXI. Este salto temporal es poco común no solo por el hecho de que muchos expertos en la Edad Moderna se muestran reacios a salvar la distancia que corre entre su época objeto de estudio y el momento presente, sino porque la época en la que viven suele ser marginada o ignorada por ellos. Los episodios importantes de los siglos XV al XVIII son habitualmente ignorados por los estudiosos de las ciencias sociales posteriores a la década de 1940, como los politólogos, los estudiosos de las relaciones internacionales y los economistas, muchos de los cuales no están muy familiarizados en los antecedentes a largo plazo de los procesos que estudian. Como historiador versado en el mundo de la economía moderna y el análisis político, el marco de Orain, que aporta una visión histórica más profunda a las preocupaciones contemporáneas, es intrínsecamente valioso.

El libro no solo arroja una luz novedosa sobre los autores canónicos de la historia del pensamiento económico, sino que va más allá, desenterrando las contribuciones de pensadores menos apreciados. Además de su convincente reinterpretación de Mahan como teórico del capitalismo finito, el libro devuelve al economista histórico alemán Gustav von Schmoller al lugar que le corresponde como realista implacable en el ámbito de la economía política. Por una buena razón, muchos de los analistas más clarividentes del papel del poder en la vida económica trabajaron a finales del siglo XIX, al comienzo del último ciclo de finitud capitalista: un periodo de hipercompetencia imperial situado a medio camino entre las primeras guerras comerciales modernas y el giro neomercantilista de nuestra propia era. Orain también ofrece una crítica incisiva de Carl Schmitt, cuya visión de una lucha titánica entre un liberalismo marítimo sin límites y sus oponentes terrestres circunscritos queda expuesta como una ilusión histórica ingenua: lejos de ser un espacio naturalmente hospitalario para la política liberal, el mar ha sido durante siglos un objeto esencial de cierre violento y monopolización coercitiva. El diagnóstico del sabio de Plettenberg de que un gigante liberal anglo-estadounidense, que disolvía las fronteras, dominaba los inicios del siglo XX era difícil de conciliar con las realidades económicas de lo que Orain considera un Estados Unidos preinternacionalista y una Gran Bretaña en declive, marcadas ambas potencias de hecho por una combinación de preferencia imperial, duras restricciones migratorias, altos aranceles y sectores enteros gobernados por *trusts* y monopolistas. Pero el diagnóstico erróneo de Schmitt se basaba al menos en una visión del mundo en su conjunto; como observa Orain, los nacionalistas de extrema derecha europeos de hoy en día no tienen ningún análisis serio de los retos que plantea el

capitalismo global, a diferencia de sus predecesores de entreguerras para quienes era *de rigueur* sopesar los fracasos de la economía liberal e imaginar un orden alternativo concreto. Mientras que una derecha política más ambiciosa habría reaccionado en su día a las presiones medioambientales y al declive demográfico formulando una «respuesta imperial [coherente] a la crisis climática», los nacionalistas europeos de hoy prefieren la negación infantil y el chovinismo autodestructivo.

Algunos aspectos de *Le monde confisqué: Essai sur le capitalisme de la finitude (XVIIe-XXIe siècle)* son discutibles. Uno de ellos es si es sensato sustituir las dicotomías utilizadas anteriormente en la historia económica –geográfica (globalista/nacionalista), comercial (libre comercio/proteccionista), monetaria (tipos de cambio fijos/flotantes) o política (*laissez-faire*/intervencionista)– por una nueva distinción ontológica entre cosmovisiones. Al fin y al cabo, pocas perspectivas filosóficas o ideológicas dominan por completo una época; a menudo coexisten perspectivas contrapuestas, incluso incompatibles, quizá de forma más notable en el periodo de la Edad Moderna, temprana, donde Orain se siente más cómodo. Durante la larga gestación del capitalismo, entre el siglo XVI y finales del siglo XVIII, las concepciones estáticas y expansivas de la riqueza y la población se enzarzaron en una lucha ideológica casi continua. Historiadores de la Edad Moderna, temprana como Carl Wennerlind y Fredrik Albritton Jonsson, han demostrado que, incluso en el punto más deprimente de las guerras y los conflictos comerciales del siglo XVII, había muchos comerciantes e «informadores», que creían en un futuro de mejora infinita para la humanidad. John Shovlin ha demostrado cómo los economistas políticos y los funcionarios del siglo XVIII respondieron una y otra vez a los conflictos promoviendo iniciativas de libre comercio y proyectos de neutralidad, que pretendían limitar el espacio para las disputas en la economía mundial. Los compromisos filosóficos con la finitud pueden haber sido simplemente irrelevantes para las predilecciones de las elites de la Edad Moderna temprana por, digamos, los aranceles preferenciales sobre los puertos francos. La mayoría de los debates políticos sobre el desarrollo se resolvieron sobre todo por consideraciones pragmáticas y tácticas.

Pero las concepciones del mundo conflictivas y los fenómenos compensatorios también afloran en periodos posteriores analizados por Orain. Las filosofías rivales de la historia, con diferentes concepciones de la plenitud y la escasez, estuvieron en juego en el periodo de entreguerras, cuando el choque ideológico entre el comunismo y el fascismo se expresó, entre otras cosas, en una profunda divergencia sobre si el futuro industrial podía ser un paraíso de abundancia producida en masa o si estaba fundamentalmente limitado por duras restricciones medioambientales. En este sentido, la competencia ideológica librada a tres bandas durante el siglo XX entre el liberalismo, el comunismo y el fascismo fue asimétrica: los liberales y los

comunistas pueden haber luchado entre sí por cuestiones de distribución de la renta y de la riqueza, pero ambos coincidían en que era posible y alcanzable un mundo de mayor riqueza universal. Solo los fascistas de entreguerras creían verdaderamente en la premisa maltusiana de que, como dice la historiadora Victoria de Grazia en *Irresistible Empire* (2005), «la mesa del banquete de la naturaleza estaba abarrotada y los que llegaban tarde, al no encontrar sitio, eran devorados por sus compañeros de mesa». Por último, la concentración de Orain en el plano geopolítico del capitalismo implica que no registra el surgimiento de una corriente influyente de pensamiento de izquierda sobre la finitud en la década de 1970: una tradición progresista y conservacionista, que se consolidó en torno al informe del Club de Roma *Los límites del crecimiento*, inspiró nuevas formas de economía ecológica y dio lugar al movimiento moderno del decrecimiento.

La lectura que hace Orain de la actual iteración del capitalismo de la finitud se basa en la idea de que el capital mercantil monopolístico está en ascenso frente al capital industrial, que se inclina más positivamente hacia la competencia. Pero esto es discutible tanto por razones empíricas como estructurales. La producción industrial global se ha reubicado desde la crisis financiera de 2008, pero no ha disminuido en absoluto ni en valor ni en volumen, y ahora está impulsada sobre todo por el crecimiento chino. Orain dedica mucho tiempo a discutir el innegable crecimiento del poder de Amazon y Walmart. Sin embargo, estos gigantes de la logística no son más que una pequeña parte de la cima del capital global. Las tres empresas más grandes del mundo por valor de mercado en la actualidad son todas productoras estadounidenses de *hardware* y *software* (Apple, Nvidia, Microsoft), mientras que a escala mundial el suministro de insumos vitales para los dispositivos electrónicos (TSMC, ASML, Samsung, LG) sigue siendo un sector clave para la acumulación de beneficios. Del mismo modo, el poder de las grandes plataformas como Uber y Airbnb no se sustenta en el capital comercial, sino en la abundante financiación del capital financiero, de gestores de activos y capitalistas de riesgo a fondos de capital privado y *hedge funds*. En última instancia, se trata de un exceso de riqueza global, que busca rentabilidad en una economía mundial en proceso de desaceleración, no de una victoria de los comerciantes sobre la industria.

La importancia concedida por Orain a la exclusión política como rasgo específico fundamental del capitalismo finito le lleva a exagerar el grado en que los comerciantes soberanos lograron ese cierre en la realidad. Desestima la afirmación de Adam Smith de que las primeras empresas-Estado modernas se debatían entre sus funciones estatales y lucrativas; Orain insiste en que no era así, ya que su objetivo esencial era asegurar el control político sobre los recursos para obtener rentas. Sin embargo, la experiencia de la Compañía de las Indias Orientales neerlandesa (VOC) muestra lo difícil

que era lograrlo en la práctica. A pesar de su sangrienta conquista de las islas Molucas de Indonesia, la VOC siguió dependiendo en gran medida del comercio intraasiático durante el siglo XVII y principios del XVIII. Lejos de ser un exitoso monopolista de la violencia, gran parte de sus ingresos procedían de su papel de intermediario en la economía asiática en general, transportando cobre japonés a la India y textiles guyaratíes a Java. De este modo, siguió siendo en gran medida una empresa mercantil capaz de crear mercado, que intentaba comprar barato y vender caro, a menudo sin el éxito esperado. La competencia comercial de la Compañía de las Indias Orientales británica y la creciente asertividad de las fuerzas Ming y Qing y del *shogunato* Tokugawa, que podían derrotar a la VOC en batalla y obligarla a aceptar condiciones comerciales menos favorables, lastraron los beneficios del comercio intraasiático. Desde finales del siglo XVII ello obligó a la sede de la VOC en las Provincias Unidas a enviar cantidades cada vez mayores de lingotes a Asia, lo que provocó el lento declive de la compañía en las décadas siguientes; cuando se permitió el comercio privado en la década de 1740, esto equivalió a reconocer que la monopolización había fracasado. Del mismo modo, los gigantes tecnológicos actuales no son meros monopolistas de la propiedad intelectual, sino que siguen generando una gran parte de sus ingresos mediante la venta de espacios publicitarios y absorbiendo cientos de miles de millones de dólares de los minoristas que ofrecen y venden bienes y servicios en sus plataformas.

Una última cuestión es la filosofía de la historia de Orain: ¿las fluctuaciones entre los órdenes capitalistas finitos e infinitos siguen una lógica progresiva de desarrollo o un patrón pendular? El argumento de que estamos viviendo un retorno a la dinámica competitiva de suma cero, que caracterizó la era moderna temprana o la era del alto imperialismo hasta la Segunda Guerra Mundial, aplanan los efectos acumulativos del cambio histórico. ¿Es cierto que la creación y el colapso de los órdenes hegemónicos liberales no producen nada nuevo bajo el sol? A pesar de su fragilidad y de sus fracasos, tanto la *pax Britannica* como la *pax Americana* establecieron instituciones para superar las discordias del pasado y dieron lugar a proyectos novedosos destinados a hacer realidad un futuro progresista. Después de 1815 el Concierto Europeo mantuvo a raya las disputas geopolíticas mientras avanzaba la industrialización, lo que finalmente permitió el surgimiento de un movimiento de libre comercio en el que los intereses del capital industrial y mercantil se fusionaron con la fe milenarista de los cobdenistas en el poder del intercambio comercial para disolver los imperios e inaugurar un reinado mundial de paz y prosperidad. En 1848 Karl Marx también se mostró a favor, diciendo a su audiencia de clase trabajadora en Bruselas que «el sistema de libre comercio acelera la revolución social».

Después de la década de 1870 el sistema de libre comercio británico se desintegró en una espiral viciosa de imperialismo, dos guerras mundiales y la Depresión, que rompió para siempre la división internacional del trabajo del siglo XIX. La hegemonía estadounidense posterior a la Segunda Guerra Mundial lidió con algunos de los defectos del orden imperial británico. El régimen de Bretton Woods, creado en 1944, reprimió los flujos financieros internacionales y respaldó los controles de capital como intervenciones necesarias para evitar la destrucción que habían provocado en el periodo de entreguerras las devaluaciones competitivas, las barreras arancelarias y las rivalidades en los mercados de exportación. Pero esos procesos de aprendizaje no fueron un fenómeno exclusivo del siglo XX. Que las guerras comerciales inspiren no solo guerras calientes, sino también esfuerzos de distensión comercial, ya era evidente a principios del siglo XVIII. Orain menciona cómo las secuelas de la Guerra de Sucesión española dieron lugar a propuestas francesas para crear una única y gigantesca Compañía de las Indias Europea, que unificara a los comerciantes británicos, franceses, holandeses y otros involucrados en el comercio en Asia. Orain escribe que en 1720 uno de los defensores de dicha unión de las empresas mercantiles del continente esperaba que «su ayuda mutua hiciera la navegación más segura y beneficiosa; sus fuerzas conjuntas les garantizarían protección frente a los insultos a los que los extranjeros están demasiado expuestos en países lejanos; los descubrimientos de unos ayudarían a otros; los créditos que obtuvieran multiplicarían sus fondos comunes». Tres siglos después, los funcionarios de la UE están negociando acuerdos comerciales *en bloc* con sus homólogos de Pekín y Nueva Delhi. ¿Está el continente que en su día extendió el mercantilismo a todos los rincones del mundo condenado a repetir su pasado o es posible que algunas partes de él se comprometan a eclipsar los «celos comerciales» a largo plazo?

En un mundo marcado por un inclemente dominio estadounidense, si bien en declive, que ya no está interesado en la hegemonía, puede parecer difícil concebir un proyecto universalista capaz de trascender los conflictos. Pero todavía existen muchas tendencias y procesos contrarios a las apelaciones de que la competencia impere en todos los ámbitos. De hecho, parece que las elites de las zonas de la economía mundial de más rápido crecimiento no consideran que la base de recursos globales sea limitada, ni que la competencia sea necesariamente un juego de suma cero. Los planes quinquenales XIV (2021-2025) y XV (2026-2030) de Xi Jinping se basan en la apuesta explícita de que China puede superar los obstáculos demográficos y la caída del sector inmobiliario mediante la liberación de «fuerzas productivas de nueva calidad», como el PCCh denomina a los sectores de los semiconductores, la inteligencia artificial, las energías renovables, la automoción, los sectores cuánticos y eléctricos en los que está invirtiendo

enormes cantidades de capital. A medida que los superávits de exportación chinos batan récords anteriores, la República Popular está acumulando recursos e inundando el mundo de mercancías. Nuestra era sigue suspendida entre dos fuerzas: un bloque económico occidental dotado de un gran peso financiero, pero sumido en una obsesión casi spengleriana por su propia crisis interna, y una red de cadenas de suministro centrada en Asia Oriental, que apuesta por superar sus problemas internos continuando con la producción de más bienes para más personas a un precio más bajo. Este conflicto va más allá de la simple competencia entre las ontologías de escasez y de abundancia; se trata de cómo la capacidad del Estado y los intereses político-económicos están configurando las vías de desarrollo futuras, que se abren al capitalismo global.